

La más grande

Peter Burke

Ignorancia. Una historia global

Madrid: Alianza editorial, 486 págs.

Peter Burke abre su historia global de la ignorancia con un homenaje y dos citas que anticipan cómo aborda su objeto de estudio. El homenaje es para «los maestros del mundo entero, los héroes de la lucha cotidiana por remediar la ignorancia». (Así que la protagonista es también «la mala» de esta historia, aunque no siempre). La primera cita es una advertencia lanzada por el político brasileño Leonel Brizola: «la educación no es cara. Lo que es caro es la ignorancia». (Entonces no será por dinero. O quizás sí). Y la segunda, la pregunta retórica con la que Petrarca fija la dimensión del reto: «¿qué campo más amplio puede haber que un tratado sobre la ignorancia?». (Aquí queda claro, es la historia de la más grande). Nos adentramos en la obra de un gran erudito -autor también de una historia social del conocimiento en dos volúmenes (Burke, 2016; 2012)- que no elude la sonrisa que despierta la consideración de la ignorancia como materia de estudio.

En el prefacio, Burke recoge el comentario de un conocido suyo que sostiene que «un libro acerca de la ignorancia tendría las páginas en blanco» (11). La réplica son casi quinientas páginas, densas y bien documentadas, en las que sigue el juego con algunas citas que se valen de paradojas y también con historias y propuestas completamente serias y convincentes que, sin embargo, parecen cargadas de humor. Entre estas últimas, la que «el polímático doctor Lewis Thomas» planteó en «un ensayo que sirve de prólogo a un libro de medicina» (69): propuso ¡una asignatura formal sobre la ignorancia médica que debía cursarse en la propia carrera de medicina! Lo mejor es que «Marlys Witte, profesora en la universidad de Arizona, quien considera a Lewis Thomas su “mentor”, puso en práctica su sugerencia». Pese «a que hubo cierta oposición, el “Primero de Ignorancia” de Witte arrancó en 1985 y fue todo un éxito, hasta el punto de que pronto contó además con un curso de verano para profesores y estudiantes de otras universidades» (69-70). Entre las cuestiones que se abordaban en estos cursos destaca una de las formas más insidiosas de la ignorancia: no las cosas que no sabes sino las que sabes (o crees que sabes) y no

son ciertas. Es decir, no se trata solo de los primeros que vienen a la cabeza cuando escuchamos la palabra ignorantes. Burke recurre en esto a Mark Twain, que nos advirtió de que «todos somos ignorantes, solo que respecto a cosas diferentes» (380) y, buscando una salida optimista, cita al físico teórico estadounidense David Gross quien, al recibir el premio Nobel en 2004, se mostró muy feliz al «anunciar que nada indica que se esté agotando nuestro recurso más importante: la ignorancia» (113).

Y ya que mencionamos a un físico teórico: al revés de lo que la física cuántica dice que sucede con una partícula cuando se observa (que pasa de una indeterminación que implica una gran complejidad a un estado bien definido en el que no queda ni rastro de todo lo anterior), en las ciencias sociales al convertir cualquier concepto o asunto en objeto de estudio se le multiplican las facetas posibles y su complejidad. Como pista, antes de comenzar la historia global de la ignorancia, no está de más echar un vistazo al glosario que se incluye al final del libro. Se abre con la ignorancia activa (no querer saber) e incluye una variante de esta, la ignorancia interesada, y también otras como la ignorancia censurable o culpable, la ignorancia virtuosa, que resulta útil; la ignorancia racional, que evita aprender cuando el coste es superior al beneficio; la *Docta ignorantia*, que se consigue a través del estudio y la meditación; la fabricación de la ignorancia, etcétera, etcétera. Resumiendo mucho, tres son los temas clave para entrar en materia: «no saber algo, no querer saber algo y no querer que los demás sepan algo» (34). Tres temas que Burke estudia en conexión con conceptos «vecinos»: «obstáculos, olvidos, secretos, negación, incertidumbre, prejuicio, malentendido y credulidad» (34). No cita de forma expresa, aunque aparece de fondo en muchas de las referencias históricas que recoge, un multiplicador automático de la ignorancia o de sus efectos, la estupidez, que, como es sabido, también ha sido objeto de destacadas obras tanto clásicas (Erasmus de Rotterdam, 2020) como contemporáneas (Cipolla, 2019).

Conviene colocar esta relación de las formas de la ignorancia, que se pueden aliar en diferentes combinaciones con la estupidez o con los mencionados «conceptos vecinos», más entre las conclusiones o los resultados de la obra de Burke, que en su punto de partida. Para emprender el camino necesita, aunque sea de forma implícita, una teoría de la ignorancia que le permita localizarla y situarla a lo largo de la historia. Y, antes todavía, necesita, argumentar su convicción contraria a la ignorancia frente a los autores –«un número relativamente reducido» (20), aunque no irrelevante– que defienden con diferentes objetivos y argumentos, como poco, las ventajas de la ignorancia frente al conocimiento. Desde San Agustín, «que critica “la curiosidad vana”» (21) al empresario Henry Ford que buscaba «a muchas personas con una capacidad infinita para no saber lo que no se puede hacer» (22); pasando por el

siempre estimulante Henry David Thoreau, que «quería fundar la Sociedad para la Divulgación de la Ignorancia Útil, que complementara la otra existente, la Sociedad para la Divulgación del Conocimiento Útil» (20). Frente a todos esos autores y sus argumentos, Burke adelanta que los ejemplos que ha recogido para la elaboración del libro «sugieren que las consecuencias negativas de la ignorancia superan con mucho a sus posibles beneficios» (*Ibid.*). Dicho esto, en el epígrafe de veinte páginas que Burke titula «¿qué es la ignorancia?» da como primera respuesta la definición clásica: «ausencia o “privación” de conocimiento» que «suele no ser visible al individuo ignorante» (23). Sin embargo, después de repasar una larga serie de matices, distinciones y variedades, advierte de que se trata de «un concepto más complicado de lo que podría parecer a simple vista». Es decir, Burke no parte de una definición cerrada sino de una de perfiles difusos que se puede pensar que le impide centrarse en la forma específica de ignorancia que se espera que puedan aliviar los maestros y la escuela, aunque le permite abordar de forma compleja otras muchas formas de ignorancia y sus consecuencias. En particular, las que exhiben muchos actores sociales, individuales y colectivos, presuntamente caracterizados por su cultura, su civilización o su conocimiento.

Esta historia global de la ignorancia tiene una referencia constante al conocimiento. Para entrar en profundidades, la primera supone hablar de *ignorancias* al igual que se habla de *conocimientos*, y así distinguir «entre sus muchas variantes» (26), «porque lo que es conocimiento común o sabiduría convencional varía tanto de un lugar a otro como de un período a otro» (380). En general, conocimiento e ignorancia se muestran de formas diferentes, con diversos orígenes y consecuencias. Resulta relevante, en especial, el papel de la ignorancia en la práctica de la ciencia, que es la mayor maquinaria de acceso al conocimiento creada por la humanidad. En esto Burke se refiere a dos formas de la ignorancia que actúan en sentido contrario, la ignorancia consciente y la ignorancia activa. La primera expresión la toma de Maxwell: representa la obligación de los científicos de trabajar con la convicción de que «una ignorancia consciente es el preludio de cualquier progreso verdadero de la ciencia» (112). Burke toma la segunda, la ignorancia activa, de Popper que la utilizó para criticar, entre otros, a quienes se resistían a aceptar las evidencias que sustentan la física relativista de Einstein. Añade el lamento de Plank («la ciencia avanza de funeral en funeral»), que constataba que los avances científicos solo se acababan imponiendo con la desaparición de quienes se atrincheran en la defensa de teorías ya superadas (119). En el lado oscuro de la relación entre ciencia e ignorancia, Burke señala también la «ciencia no hecha», vías de investigación en las que no se avanza por falta de interés o de financiación.

Ya hemos visto que Burke se detiene en la ignorancia en la medicina que ha sufrido -como otras tantas disciplinas- la actuación de «los charlatanes y los timadores, así como de formas más profesionales de “mala medicina”» (124). Pero añade que, en casos como este, es necesario discutir no solo sobre el problema de lo que no se sabe en un campo concreto, sino también sobre el problema mucho más extendido de lo que no saben muchos individuos que trabajan en él, sobre todo si su carrera se centra en la aplicación del conocimiento y no en la investigación. (124-125) Y así profundiza -y deja abiertas puertas para profundizar más- en el papel de la ignorancia en numerosas actividades y disciplinas. En el caso de la geografía, por ejemplo, recoge desde muestras penosas del escaso conocimiento geográfico actual a un recorrido histórico por la exploración del mundo, guiada por afanes prácticos de conocimiento y, en ocasiones, torcida por prejuicios, mitos, leyendas. También recoge engaños, esfuerzos conscientes para la ocultación de mapas y rutas de navegación, esfuerzos por mantener en la ignorancia a los imperios o compañías rivales. Además, se detiene en esa parte «de la ignorancia de los forasteros, los colonizadores [que] fue tan conveniente para sus intereses que a todas luces tuvo que ser fingida». Se trata de la decisión de «ignorar», de hacer como que no existían los habitantes de tierras que se iban a colonizar. Un tipo de ignorancia interesada ante lo evidente que se sigue manteniendo cruelmente hasta hoy.

La ignorancia geográfica también resulta decisiva en otra actividad de la que se ocupa Burke, la guerra que, además de ser «una continuación de la política por otros medios», es «el reino de la incertidumbre», según el general prusiano Carl von Clausewitz. Burke, que se extiende aquí en el análisis del papel de la ignorancia, mezclada con la arrogancia y el caos organizativo en el desarrollo de batallas y guerras de diversas épocas, destaca, además, algunos aspectos que son relevantes también en otros ámbitos. Uno es el papel de la ignorancia relativa de los distintos contendientes (179). El otro, más general, es el papel de la información dentro de la contienda y el que tiene la transmisión de la información hacia afuera, la información que se recibe en el exterior sobre lo que ocurre en la guerra sobre el terreno. Dentro parece importar solo la ignorancia de los mandos, pero Burke subraya que entre los soldados «el vacío que no ocupa la verdadera información se llena con rumores». Cita, para ilustrarlo al «historiador francés Marc Bloch, que había servido durante la Primera Guerra Mundial, [y que] escribió un estudio pionero sobre las “noticias falsas” que habían circulado por las trincheras entre 1914 y 1918». En cuanto a la información que va de la guerra sobre el terreno al exterior, señala dos aspectos diferentes pero muy relevantes los dos. Uno es la ignorancia (o desdén respecto a la información que reciben) de los que dirigen la guerra desde afuera (aquí, por ejemplo, los casos de Hitler en la invasión de Rusia y del gobierno

de EE. UU. en Vietnam). El otro, lo que considera «otro caso de ignorancia organizativa, aunque no se refiere al ejército ni a los responsables políticos sino a “ese ente vasto que llamamos ‘la prensa’ [que] no estaba bien comunicado con los corresponsales”». Un problema de «ignorancia organizativa» que hizo que los medios tardaran «en informar, por ejemplo, de la “masacre de cientos de civiles en la aldea de My Lai en 1968”», respecto a la que «todos se estaban cubriendo las espaldas unos a otros» (196).

Para Burke en «cuestión de desastres provocados por la ignorancia, la economía en general y la agricultura en particular ocupan el segundo puesto después de la guerra» (201). En concreto, sobre la agricultura menciona casos históricos de los que es fácil encontrar consecuencias y paralelismos hoy mismo. Ignorancia en la colonización y cultivo de nuevas tierras, muy distintas en condiciones y clima a las de origen; en la difusión de lo que hoy se consideran especies invasoras (el caso de los conejos llevados de Europa a Australia y Nueva Zelanda); en la deforestación o en la sustitución de pastos por cultivos de cereal que hacen la tierra muy vulnerable a la erosión... En unos casos se trató de la ignorancia de los propios agricultores, en otros de la que mostraron expertos y administraciones públicas -mezclada aquí con fuertes dosis de arrogancia- que implantaron costosos pero equivocados planes para la «mejora» agraria. La agricultura es una parte de la economía en la que la ignorancia ha jugado un papel relevante en muchos momentos de la historia, pero, como es sabido, también el resto de las actividades económicas. Es lógico si tenemos en cuenta que una de las condiciones clave de un «mercado perfecto» es que todos los que operan en él tengan igual acceso a la información relevante sin excesivo coste. Burke da un repaso histórico a los resultados de la muy desigual falta de información en los mercados reales o, más exactamente, a los efectos de la ignorancia -muchas veces inducida por rumores y por la manipulación intencionada de la información- en el comportamiento habitual de consumidores e inversores y, en concreto, en algunos desastres económicos. Se refiere, desde luego, al crac del 29 (durante el que, según Galbraith, los «inversores, sobre todo las mujeres, no sabían que no sabían lo que estaban haciendo»), pero también a las llamadas «burbujas»: desde la burbuja de los Mares del Sur que estalló en Gran Bretaña en 1720, a la burbuja de las puntocom (1995-2002) o a la burbuja del ladrillo en España (2005-2008). Y, lo que es más relevante, sostiene que la ignorancia que llevó a estos desastres no era invencible. El mecanismo se describió ya en 1690, cuando responsables ingleses del comercio condenaron la práctica de fundar una compañía con el único objetivo de vender sus acciones «a hombres ignorantes atraídos por su reputación, una reputación creada y difundida con engaños sobre la excelente condición de sus mercancías». (218)

Si la ignorancia tiene una gran relevancia en la economía, su papel en la política no se queda atrás. Para adentrarse en este ámbito, Burke propone completar la contribución de Michel Foucault a la comprensión de la relación entre el poder y el conocimiento, estudiando la también esclarecedora relación entre el poder y la ignorancia. Y señala tres formas principales: la ignorancia de los gobernados -bien cultivada por los dictadores, según Kapuscinski, y en la que algunos reclaman que nadie se entrometa-, la ignorancia de los gobernantes -que muchas veces ignoran e incluso desprecian lo que no saben y deberían saber- y la ignorancia organizativa que se construye en el sistema político. No es posible resumir aquí el análisis de la evolución de la ignorancia de los gobernados en autocracias y democracias, aunque -sobre estas últimas- podemos subrayar que Burke concluye que

el concepto de la «ignorancia del votante» se puede ampliar para incluir a gente que confía en información no fidedigna porque no ha aprendido a ejercer la crítica, ya sea por un sesgo en los medios de comunicación o por la posibilidad de recibir *fake news*. Son vulnerables a la desinformación...(244-245)

Claro que el propio Burke documenta ampliamente que noticias falsas, bulos y teorías de la conspiración no son cosa nueva ni exclusiva de las democracias: desde la historia del «complot papista» para asesinar a Carlos II que corrió por el Reino Unido entre 1678 y 1681, a los «rumores que acusaban a Hillary Clinton de toda una serie de crímenes, desde asesinar a sus adversarios a beber sangre de bebés», antes de las elecciones presidenciales de EE.UU. de 2016. O los más recientes que sostenían que las vacunas sirven para implantar microchips a las personas. Respecto a la ignorancia de los gobernantes -víctimas en unos casos e impulsores en otros de falsedades como las mencionadas-, el repaso histórico muestra un panorama complejo. En unos casos, la ignorancia del gobernante se debe a la distancia social -señala Burke que «las clases bajas son casi invisibles desde la cima»-. En el caso de los primeros gobernantes modernos (siglos XVI y XVII), importaba también la distancia física (lo que tardaban en llegar las noticias sobre asuntos importantes que requerían acciones urgentes) y la incipiente organización burocrática. Después, los grandes números estadísticos acumulados por las administraciones acaban ocultando la realidad cotidiana de muchas personas. Además, incluso gobernantes formados y con experiencia, tienen que decidir sobre asuntos sobre los que saben muy poco o nada y no recurren a buenos asesores. Pero hay casos también de ignorancia severa entre los que apunta, junto a otros muchos, los de varios presidentes estadounidenses, entre ellos Donald Trump. Señala que «al igual que su seguidor en Brasil, Jäir Bolsonaro, Trump padece de ignorancia en su forma más aguda, la de no saber que no sabe» (255), para hacer referencia a continuación a las políticas de ambos presidentes sobre cuestiones

de gran importancia como la epidemia de covid, respecto a la que coincidieron en «negarse a tomarla en serio» y el cambio climático, respecto al que ambos son negacionistas (*Ibid.*).

En cuanto a la tercera dimensión de la ignorancia en la política que menciona Burke, «la ignorancia organizativa» -que afecta no solo a las administraciones públicas sino también a otro tipo de organizaciones- se puede resumir de forma muy esquemática como la suma del simple desconocimiento de algunas cuestiones y de un manejo ineficiente de la cada vez más abundante información disponible, de forma que es habitual que dentro de una misma administración en unos niveles o departamentos desconozcan por completo la información que tienen otros. En su repaso histórico Burke presta especial atención al gobierno británico en la India. Se trata de ver un caso particular y significativo de la historia del colonialismo que «pone de relieve la ignorancia organizativa, ya que colonos y colonizados proceden de culturas diferentes, hablan distintos idiomas y tienen lealtades opuestas» (262). Alude, entre otras cuestiones, a una – muy llamativa para un sociólogo- a la que podríamos llamar ignorancia performativa: atribuye a un malentendido el origen del actual sistema de estratificación social indio:

Como dice el historiador Nicholas Dirks, «la casta, tal como la conocemos hoy, no es un hecho inmutable que viene de la antigua India», sino «el producto de un encuentro histórico entre la India y el gobierno colonial de Occidente». Los británicos lo redefinieron en un intento de comprender el sistema y, de nuevo, tuvieron el poder para convertir el malentendido en una nueva realidad. (265)

Respecto a los fenómenos relacionados con la ignorancia política y de otros ámbitos de poder que analiza Burke, baste con añadir que se refiere también a los secretos de Estado, la censura, el encubrimiento, el espionaje (en sus versiones clásica y cibernética), la falsificación, la negación, la desinformación y la posverdad. Todo en un capítulo dedicado a secretos y mentiras escrito bajo la inspiración de estas preguntas: «¿quién quiere que quién no sepa qué y por qué motivos? ¿Quién tiene el poder (la oportunidad, los recursos) para hacerlo, y qué consecuencias tienen sus acciones?» (293-294)

Antes de exponer su conclusión, Burke incluye en su historia global de la ignorancia un inevitable capítulo dedicado a la ignorancia del pasado (la del futuro -que también tiene consecuencias- se caracteriza como incertidumbre). Se refiere, en primer lugar, a su gremio, los historiadores «que nunca saben tanto como ellos quisieran sobre el pasado, y a menudo saben menos de lo que creen». Incluye aquí el escepticismo que ha rodeado a la disciplina y los sesgos y la ignorancia selectiva que la han condicionado. Alude también a la ignorancia del público sobre la que los estudios que maneja no son nada optimistas. En 2015, por ejemplo, una encuesta realizada a una muestra de

británicos mostró que «tres de cada cuatro tienen poco o ningún conocimiento sobre la batalla de Waterloo. Los jóvenes creen que Waterloo es una canción de Abba; las personas mayores, que es una estación de tren, [...] muchos nombran a Francis Drake o Winston Churchill en lugar de al duque de Wellington como arquitectos de la victoria, y no pocos creen que los franceses ganaron» (364-365)

Peor panorama -o con peores consecuencias- refleja lo que se refiere a la ignorancia histórica de los responsables de la toma de decisiones. Burke recorre algunos casos de «decisiones tomadas por estadistas y generarles ignorantes de experiencias que han tenido consecuencias desafortunadas, cuando no desastrosas» (366). Son «los peligros de ignorar la historia». En unos casos porque no se tienen en cuenta antecedentes significativos (las hambrunas de Calcuta de 1770 y 1943; las ya mencionadas invasiones de Rusia primero por Napoleón y después por Hitler; la guerra francesa en Indochina y la subsiguiente de Estados Unidos en Vietnam y las invasiones de Afganistán - británica en 1839, rusa en 1979 y estadounidense en 2001-) (365-372). En otros casos, el error está en forzar analogías con el pasado o en elegir la analogía equivocada: Gran Bretaña reaccionó ante el cierre del canal de Suez por Naser, como desearía que hubiese respondido Chamberlain a Hitler en 1938, igual que el presidente de EE. UU. Lyndon B. Johnson explicó que «todo lo que sabía sobre la historia me decía que, si salía de Vietnam [...] estaría haciendo lo mismo que hizo Chamberlain en la Segunda Guerra Mundial». (373)

FILOSOFÍA Y SOCIOLOGÍA DE LA IGNORANCIA

Burke se ocupa también del tratamiento de la ignorancia por la filosofía, tanto oriental como occidental. Ve a Confucio - «el conocimiento es saber qué sabemos y también saber qué no sabemos»- apuntando en la misma dirección que Sócrates que dejaba perplejos a sus oyentes cuando aseguraba que solo sabía que no sabía nada (39-40). Sócrates representó un «giro epistemológico» en la filosofía griega, con su preocupación por «cómo adquirimos el conocimiento y cómo sabemos que es fiable» (*Ibid.*). Su discípulo Platón dedicó el mito de la caverna a diferenciar la realidad de lo que son solo sombras. Y no sólo eso, muestra algo absolutamente contemporáneo: la reacción burlesca e incluso violenta que tienen los que ignoran la verdad cuando quien la ha descubierto intenta mostrársela. No obstante, Burke pone su atención, sobre todo, en otros filósofos griegos, los primeros escépticos -entre los que destaca Pirrón de Elis- que llegan mucho más allá que Sócrates al cuestionar el propio conocimiento. Burke ve dos tipos: «los escépticos “dogmáticos”, que están seguros de que no se puede saber nada, y los escépticos “reflexivos”, que no están seguros ni siquiera de eso». Ya en el Renacimiento, Michel de Montaigne, «la figura más

importante en la recuperación del antiguo escepticismo que se dio en el siglo XVI», «convirtió en su lema personal la pregunta Que sais-je? (¿Qué sé yo?)» (41). Décadas después de su muerte, le responde -sin citarlo- Descartes, «en un ejercicio de “ignorancia metodológica” para pasar de la duda a la certeza» (42). Pero las dudas y la ignorancia no se acaban nunca y Burke suma obras y reflexiones de autores tan diversos como Pedro Calderón de la Barca, David Hume y dos de los llamados maestros de la sospecha, Karl Marx y Sigmund Freud.

Al acercarse a la sociología, Burke subraya que «la ignorancia, al igual que el conocimiento, está socialmente situada» (81) y nos remite a Charles Mills que afirma que «Si existe una sociología del conocimiento también tendría que existir una sociología de la ignorancia» (25). Claro, que siguiendo la propia argumentación de Burke deberíamos pensar que hay diversas ignorancias socialmente situadas y, desde luego, no todas en la misma posición. De hecho, el propio Mills no habla en términos generales. Se refiere, en concreto, a la ignorancia de los blancos respecto a todos los que no lo son y a sus consecuencias. En un nivel de generalización más amplio, desde principios del siglo XX, la sociología del conocimiento de Karl Mannheim ya deja bien asentado que la posición social de cada uno implica ceguera para una parte de la realidad del mundo. Ahora, la obra de Burke sugiere que la sociología del conocimiento puede prestar más atención a la ignorancia como parte inseparable de su mismo objeto o como factor clave en todos sus procesos. De hecho, lo es en muchos de ellos tal como permite observar con claridad el célebre teorema de Thomas (Si los individuos definen las situaciones como reales [aunque sean falsas], son reales en sus consecuencias). Entonces, ¿se debe profundizar en el papel de la ignorancia al estudiar el comportamiento social? El historiador de la ciencia Robert Proctor, impulsor del estudio de la agnotología, nos proporciona algún argumento más a favor. Sostiene que «la ignorancia no se debe considerar como una simple omisión o brecha, sino como una producción activa. La ignorancia puede ser parte de un plan diseñado en forma deliberada.» (Proctor, 2020: 25). Y aclara: «La agnotología no trata de la anticencia, sino de las entidades poderosas que utilizan la ciencia y la tecnología basada en la ciencia como instrumentos de engaño, de control, de dominación y de exclusión» (Proctor y Schiebinger, 2022: 15). Entre los casos que plantea, puede ser el más destacado el de los esfuerzos de la industria tabacalera para neutralizar el conocimiento científico sobre los perjuicios del tabaco sobre la salud:

su objetivo era generar ignorancia -o a veces conocimiento falso- sobre el impacto del tabaco en la salud. La industria fue muy activa en esta esfera; fingía ignorar los peligros al tiempo que aducía la *falta de pruebas definitivas*

en la comunidad científica y hacía todo lo posible para *crear ignorancia entre el público fumador* (Proctor, 2020, pág. 31).

Un ejemplo, solo un ejemplo, de fuera de la política en tiempos de la postverdad y de los hechos alternativos.

ACTITUDES QUE ABREN (O CIERRAN) CAMINOS

En conclusión, la obra de Burke que comentamos es un alegato contra la ignorancia que recurre, en gran medida, a mostrar muchas de sus consecuencias. Es, por tanto, a la inversa, una defensa del conocimiento, en particular del conocimiento que se transmite a través de la educación formal, pero no sólo de este. Burke nos ofrece un amplio repaso a la ignorancia (una historia global) que subraya la dimensión del reto de hacerle frente y que estimula numerosas vías de reflexión. Veamos alguna.

En primer lugar, resulta inevitable convivir con la ignorancia y jugar con dos contrarios igualmente inabarcables, la propia ignorancia y el conocimiento. A medida que se ha incrementado el conocimiento se ha intentado manejar mediante dos estrategias. Una se podría decir que es técnica, buscando formas de utilizarlo de forma eficaz. Aquí se puede incluir la historia de la organización y el manejo de los libros y de las bibliotecas y, de nuevo paradójicamente, los intentos de ponerles límites que son más frecuentes y, quizá sobre todo, más inesperados de lo que cabría imaginar. Xavier Nueno (2023) en *El arte del saber ligero* relata cómo Séneca -en el siglo I- acepta sin objeciones que pueda arder el millón de libros de la biblioteca de Alejandría. Argumenta «que su acumulación solo servía para mostrar el poder fastuoso de sus propietarios y en nada contribuía a la sabiduría de sus lectores» (*Ibid.*: 25). Añade que, once siglos más tarde, al dominico Vicent de Beauvais también se le hace bola la gran cantidad de libros disponible, aunque se conforma con una medida menos drástica, escribe una voluminosa síntesis enciclopédica, el *Speculum maius*, en la que reduce a un solo volumen y ordena resumidamente «algunos de los lugares comunes que emplean todos aquellos autores que tuv[er]on ocasión de leer, ya fueran nuestros, es decir, doctores, católicos o gentiles, es decir filósofos y poetas» (*Ibid.*: 26). Y, quizá lo más llamativo, en la Ilustración, impulsora del conocimiento y recopiladora también del saber en la Enciclopedia, se observa una fuerte y muchas veces airada pulsión depuradora. D'Alembert sostiene que es

tanta la gente mediocre y son tantos los idiotas incluso que han escrito, que en general se puede considerar cualquier colección de libros, sin importar el género que sean, como una recopilación de testimonios para escribir la historia de la ceguera y de la locura humanas. (cit. en Nueno 2023: 146).

Y no se queda ahí, defiende una «biblioteca selectísima, suficientemente amplia y que, sin embargo, no ocupa casi espacio». Una biblioteca que su propietario mantiene a raya también por un procedimiento expeditivo. Si adquiere, por ejemplo, «una obra en doce volúmenes de la que no hay más de seis páginas que merecen ser leídas, separa esas seis páginas del resto, y arroja la obra al fuego» (*Ibid.* 147). Es decir, ya desde hace mucho el problema del conocimiento (de la lucha contra la ignorancia) es que el propio conocimiento se ha hecho inabarcable. Hoy algo ha cambiado, la herramienta principal para manejar el conocimiento no es ya (o no solo) depurarlo o sintetizarlo. Hoy la inteligencia artificial pretende manejar cantidades ingentes de información en segundos. Aunque, desde luego, queda la duda sobre los sesgos que incluye cada uno de los programas de IA para manejar, seleccionar, organizar y presentar toda la información a la que tiene acceso¹.

Además, de las estrategias técnicas o tecnológicas para organizar y manejar un conocimiento cada vez más enorme, contamos con otra más básica. Una actitud que supone tener presente que es inevitable convivir con la ignorancia (con la propia ignorancia). Con una buena carga de ironía, se ha propuesto el tipo ideal de «*homo ignorans*», «un sujeto que se encuentra en gran medida desconcertado (...), en un estado del que solo puede escapar atreviéndose a ignorar, a convivir con la ignorancia, paradójicamente en plena explosión de la “sociedad del conocimiento”» (Galán Machío, 2020: 448). No se trata de alguien ignorante que se muestra satisfecho o despreocupado por serlo, sino del «animal meta-ignorante de nuestro tiempo que “sabe que no sabe”, y que posee un “mapa” de ignorancias» característico que le permite sobrevivir atendiendo a un nuevo imperativo: «¡*ignorare aude!*» (*Ibid.*) Es algo similar a lo que plantea Daniel Innerarity en *La sociedad del desconocimiento*:

Nos caracterizamos como «sociedad del conocimiento», pero eso no significa que sepamos mucho, sino que somos una sociedad que es cada vez más consciente de su no-saber y que progresa aprendiendo a gestionar el desconocimiento en sus diferentes manifestaciones: inseguridad, verosimilitud, riesgo e incertidumbre. (Innerarity, 2022: 20)

Segunda reflexión. Otra paradoja. En un momento en el que el conocimiento se multiplica exponencialmente, es frecuente que en ámbitos muy diversos se extienda la impresión de que la ignorancia, lejos de retroceder, avanza a paso ligero. Esta impresión puede tener una respuesta rápida argumentando que, si es cierto este lugar común difundido entre los profesores de secundaria y de universidad desde hace, al menos, cincuenta años, debemos descender desde

¹ También están en cuestión los costes ocultos de la inteligencia artificial. En particular, los ambientales (en consumo energético y de agua) y los sociales (con la explotación de numerosos «trabajadores fantasma»). Pero eso es otra historia.

muy alto (nuestros abuelos y bisabuelos debían ser muy letrados) para que a ese ritmo no nos hayamos hundido ya en la más absoluta ignorancia. Pero esta ironía no es satisfactoria. Desde luego, es cierto que hemos abandonado el ideal de Comenio que, en el siglo XVII, propuso un proyecto de educación universal que consistía en enseñárselo todo a todo el mundo. Pero, el caso es que el mundo cuenta con sistema generalizado de educación universal que se puede considerar «el proyecto más exitoso de la historia» (Moreno y Gortazar, 2024). Aunque no llegue al sueño de Comenio, se ha pasado en poco más de doscientos años de una escolarización para minorías privilegiadas a que vaya a la escuela la mayor parte de los niños de la mayor parte del mundo. Y no solo eso, una vez que la educación se ha generalizado, ha subido el nivel de conocimiento de las sociedades, aunque también sea cierto que ha bajado la media escolar respecto a los momentos en los que el acceso a la escuela estaba mucho más restringido (*Ibid.*: 43). ¿Y a pesar de todo eso avanza la ignorancia? Eso parece. A pesar del incremento del conocimiento global, de la extensión de la escolarización y de la multiplicación de profesionales de muy diferentes niveles que son capaces de desarrollar trabajos complejos. Weber (2014 [1922]: 1188) sostiene que detrás de «todas las discusiones del presente en torno a los fundamentos de la cultura se encuentra en algún punto decisivo el combate del tipo del “especialista” contra el antiguo “hombre culto”»². No es exacto, pero podemos situar en el primer extremo (el especialista) los aprendizajes prácticos y en el segundo (la persona culta), los conocimientos generales que se acomodan, de alguna forma, a la concepción del mundo del momento y a la posibilidad de interpretarlo de una forma algo más que superficial. Los dos extremos cambian a lo largo de la historia. Resulta evidente que cambian los conocimientos útiles, Burke (375-380) nos advierte, además, de que también cambian de forma radical los conocimientos que vienen a definir a la persona culta. Un ejemplo, la heráldica, que en un momento fue un saber esencial para un «caballero», es hoy marginal. Otro: en la actualidad no tienen ninguna relevancia en el espacio público los debates sobre teología que estuvieron muy extendidos en la Europa de la Reforma incluso «entre hombres y mujeres de a pie». Sin entrar en el terreno densamente minado de las guerras curriculares, podríamos decir que la definición de Weber se acomoda bastante bien a lo que en general se espera de la enseñanza secundaria, la que concentra la mayor parte de las discusiones actuales sobre la educación. Se espera que proporcione a los alumnos bases para una especialización profesional y también –se podría

² En *El estamento de los literatos*, Weber añade que «la pedagogía de la cultura pretende educar un “hombre de cultura”, es decir, un hombre con un determinado estilo de vida interior y exterior, cuyos tipos difieren según el ideal cultural del estrato dominante.» (Weber, 1998 [1920], pág. 402). Esto, sin duda, sugiere otra interesante discusión sobre la cultura y la educación actuales.

decir, sobre todo- que les dote de los conocimientos generales básicos que permiten acercarse a la cultura de su tiempo. De hecho, acabado el bachillerato, los estudiantes de medicina o de química no volverán a estudiar historia ni literatura. Y los que opten por la filología o el derecho no volverán a oír en clase nada de física ni de biología. La secundaria será, por lo tanto, la última aportación del sistema escolar reglado a su cultura general.

Se ha dicho ya que la definición del currículo es terreno minado, pero es posible afirmar, al menos, que hay una tendencia en auge que desecha la separación radical de lo que se ha venido llamando ciencias y letras. Una tendencia que defiende que el canon de la persona culta actual debe incluir tanto los conocimientos literarios, artísticos, filosóficos que Nucio Ordine (2013) defiende por la «utilidad de lo inútil» (¿quién dijo que nos habíamos librado del utilitarismo?), como conocimientos de economía, política, biología (y neurobiología) y (¿otra inutilidad para la mayoría?) astrofísica. Por tomar esto último como ejemplo de esta relación que no pretende ser exhaustiva: por mucho que sepa de su especialidad ¿se puede considerar culta una persona del siglo XXI que vea el universo como lo concibieron Kepler o Newton entre el XVI y el XVII? Einstein alteró profundamente esa imagen hace ya más de cien años. Y una pregunta más (volviendo a la utilidad de lo inútil): ¿No están prescindiendo de demasiados conocimientos los especialistas universitarios que no atienden más que a su propia disciplina? No es solo la vieja ironía que reprocha a la superespecialización que acabe sabiéndolo casi todo de casi nada. La cuestión es preguntarse si todas las disciplinas (por alejadas que parezcan) pueden *necesitarse* unas a otras para avanzar cada una en *su* terreno específico. Este texto se publica en una revista de sociología histórica, así que, sin ir más lejos, estas dos disciplinas tienen una larga historia de estrecha (y más o menos agitada) relación. Pero hay más, Bourdieu (2001: 16) propuso reconstruir la economía, como disciplina, teniendo en cuenta que «el mundo social está presente en su totalidad en cada decisión “económica”»; la sociología también se ha liado con la biología y con la antropología y no faltan razones para que ahonde relaciones con la paleontología y tampoco -por ejemplo, y en sentido inverso- para que la neurobiología contraste algunos de sus resultados con experiencias y reflexiones sociológicas. Otro ejemplo, en su último libro, el biólogo molecular Alfonso Martínez Arias (2025) vuelve sobre un debate que va y viene (con desigual fortuna) de la biología a las ciencias sociales, para poner en cuestión las conclusiones que se han levantado sobre la tesis del gen egoísta de Richard Dawkins³.

³ Martínez Arias (2025: 116) considera que la «lógica fundamental de la vida desafía la tesis del gen egoísta» y sostiene que, en biología, tiene una mayor fuerza explicativa «la tensión entre los genes egoístas y la naturaleza cooperativa

Desde luego, lo dicho remite a la siempre compleja colaboración interdisciplinar, pero con carácter previo requiere, como se ha planteado antes, una cierta actitud. Una apertura de mente, una cierta humildad respecto a la propia disciplina y una disposición a lo que pueden aportar las demás, incluso las más alejadas. La filosofía se ha quedado con el nombre de amor a la sabiduría pero, al final, cada uno acaba volcando ese amor a lo que atesora la propia disciplina. Sin embargo, es posible también mirar con buenos ojos a otras disciplinas, mirarlas con una especie de amor de baja o de media intensidad, propio de quien en español llamamos aficionado o también, con una palabra francesa más expresiva, amateur. Esta es la actitud que propone un prestigioso paleontólogo, Juan Luis Arsuaga (2019), en el prólogo al libro sobre *El Universo Improbable* del astrofísico, Rafael Bachiller. Frente a la «explosión de ignorancia a la que conduce la hiperespecialización», Arsuaga se presenta como un «aficionado» deseoso de que otros científicos le cuenten lo que hacen de manera que pueda «entenderlo e integrarlo» en lo que él mismo hace «para así tener una perspectiva más amplia de las cosas». Cuestión de actitud.

Es conveniente aún una tercera reflexión. Hemos visto que Burke elogia el papel de la escuela y de los maestros en la lucha contra la ignorancia y también la extensión que ha alcanzado el sistema educativo. Esto, en términos económicos, podríamos decir que es el lado de la oferta, una parte de ella de aceptación obligatoria. Pero, del otro lado ¿qué esperan y qué demandan los que llegan al sistema educativo? ¿Con qué actitudes recorren sus diferentes tramos? ¿Tienen, sobre todo, ansias de conocimiento y de reducir su propia ignorancia? Con carácter general, se podría aceptar que, además de obtener unas herramientas imprescindibles para vivir en el mundo actual (para empezar la lectura y la escritura), los alumnos -sobre todo a partir de la secundaria- esperan que, a cambio de dedicación y esfuerzo en el estudio, puedan obtener un buen empleo y una buena posición social. ¿A cambio de conocimiento o a cambio de obtener un título? Es frecuente la queja que apunta a lo segundo más que a lo primero. Es lo que se llama credencialismo, que no es, en sentido estricto, contrario al conocimiento, pero que sí tiene una relación turbia con él. El credencialismo, claro, tiene también una relación turbia con otros de los objetivos (muchas veces contradictorios) que efectivamente mueven a los diferentes actores que intervienen en el mundo educativo. Es el caso de la meritocracia, la igualdad y la reproducción social. Pero, en relación con la adquisición de conocimiento (de reducción de la ignorancia) que es lo

intrínseca de las células» (*Ibid.*: 315). No obstante, a la vista de lo ocurrido con el llamado darwinismo social, es probable que los nuevos avances en biología del desarrollo deban llevar a a las ciencias sociales, más que a otra cosa, a cumplir el deber de tomar con cautela su uso como argumento definitivo de autoridad en cualquier intento de explicar los procesos sociales humanos.

que nos interesa aquí, están particularmente contraindicadas algunas formas específicas de credencialismo. Aquellas que ni siquiera responden a la concepción de la cultura académica «como bien de salvación» (Martín Criado, 2010: 262-283) sino que sitúan la producción y obtención de títulos como simples mecanismos de acceso restringido a ciertas posiciones, impulsados, sobre todo, por privilegios previos.

Además de la orientación credencialista, se detecta otra expectativa relevante entre las demandas que se presentan al sistema educativo: la propia identidad como materia de enseñanza, que viene a ser la enseñanza a cada uno o a cada grupo de sí mismo. Lo cierto es que la identidad es tan interesante como engañosa o, al menos, esquivada. Desde que Heráclito advirtió que nadie puede bañarse dos veces en el mismo río, deberíamos saber que la identidad real ni siquiera es siempre idéntica, igual a sí misma. Al revés, cuando alguien pretende que lo sea, cuando quiere definirla o fijarla no hace otra cosa que petrificarla, destruir su esencia cambiante y, peor aún, la convierte en un corsé, en una ortodoxia. Y esto vale para la identidad individual y para las identidades colectivas o grupales, que en la actualidad se extienden en formas autorreferenciales. Se trata de una inversión (o una perversión) del aforismo clásico concógete a ti mismo, interpretado ahora como la búsqueda interior de una supuesta esencia. Nada que ver esta tendencia actual a colocar en el centro de todo la propia esencia, con el conocimiento de uno mismo que reclamaba la famosa inscripción del templo de Apolo en Delfos ni, por citar un ejemplo más reciente, con lo que proponía Gramsci en sus célebres *Cuadernos de la cárcel*, defendiendo el «ideal humanista»:

En la vieja escuela [...] No se aprendía el latín y el griego para hablarlos, para trabajar como camareros, como intérpretes, como agentes comerciales. Se aprendía para conocer directamente la civilización de ambos pueblos, presupuesto necesario de la civilización moderna, o sea, para ser uno mismo y conocerse a uno mismo conscientemente. (Gramsci, 1985: 376)

Desde luego, no se puede considerar imprescindible aprender el latín y el griego para conocerse a uno mismo. Pero sí lo es abrirse al mundo, a la cultura, al conocimiento, a los demás. Supone eludir el engaño de una esencia interior presocial y la obligación narcisista de encontrarla para ver el mundo a través de ella. Lo que debe proporcionar la escuela, el sistema educativo, no es el descubrimiento ni mucho menos la veneración de ninguna esencia individual o colectiva, sino, para empezar, la convicción de que, si no nos llega nada de afuera, cuando excavamos en nuestro interior comprobaremos que allí no anida más que la más grande.

REFERENCIAS

- ARSUAGA, J. L. (2019). ¡Cuéntame una buena historia! En R. Bachiller, *El universo improbable* (págs. 15-18). Madrid: La Esfera de los Libros.
- BOURDIEU, P. (2001). *Las estructuras sociales de la economía*. (H. Pons, Trad.) Buenos Aires: Manantial.
- BURKE, P. (2012). *Historia social del conocimiento Vol. II. De la enciclopedia a la Wikipedia*. (C. Font Paz, & F. Martín Arribas, Trads.) Barcelona: Paidós.
- BURKE, P. (2016). *Historia social del conocimiento*. (I. Arias, Trad.) Barcelona: Paidós.
- CIPOLLA, C. M. (2019). *Las leyes fundamentales de la estupidez humana*. (M. Pons, Trad.) Barcelona: Crítica.
- ERASMO DE ROTTERDAM. (2020). *Elogio de la estupidez*. (T. Fanego Pérez, Ed.) Madrid: Akal.
- GALÁN MACHÍO, A. (13 de octubre de 2020). La modernidad ignorante. Sociología de la ignorancia, ignorancia de la sociología (Tesis inédita de la Universidad Complutense de Madrid). Madrid. Recuperado el 15 de junio de 2024, de <https://hdl.handle.net/20.500.14352/11180>
- GRAMSCI, A. (1985). *Cuadernos de la cárcel*. (A. Palos, Trad.) Puebla: Era.
- INNERARITY, D. (2022). *La sociedad del desconocimiento*. Barcelona: Galaxia Gutemberg.
- MARTÍN CRIADO, E. (2010). *La escuela sin funciones*. Barcelona: Bellaterra.
- MARTÍNEZ ARIAS, A. (2025). *Las arquitectas de la vida. Cómo la nueva ciencia celular está reescribiendo la historia del ser humano*. (P. Pacheco González, Trad.) Barcelona: Paidós.
- MORENO, J. M., Y GORTAZAR, L. (2024). *Educación universal. Por qué el proyecto más exitoso de la historia genera malestar y nuevas desigualdades*. Barcelona : Penguin Random House.
- NUENO, X. (2023). *El arte del saber ligero. Una breve historia del exceso de información*. Siruela: Madrid.
- ORDINE, N. (2013). *La utilidad de lo inútil. Manifiesto*. (J. Bayod Brau, Trad.) Barcelona: Acantilado.
- PROCTOR, R. N. (2020). Anotología. *Revista de Economía Institucional*, 22(42), 15-48. doi:<https://doi.org/10.18601/01245996.v22n42.02>.

PROCTOR, R. N., y SCHIEBINGER, L. (. (2022). *Agnotología. La producción de la ignorancia*. (O. Marcuello Gil, & C. Marcuello Servós, Trads.) Zaragoza: Prensas de la Universidad de Zaragoza.

WEBER, M. (1998 [1920]). *Ensayos sobre sociología de la religión, I*. (J. Almaraz, & J. Carabaña, Trads.) Madrid: Taurus.

WEBER, M. (2014 [1922]). *Economía y sociedad*. (J. Medina Echavarría, J. Roura Parella, E. Ímaz, E. García Máñez, J. Ferrater Mora, & F. Gil Villegas, Trads.) Mexico: Fondo de Cultura Económica.

Javier Cortijo Pardo
Universidad de Murcia